

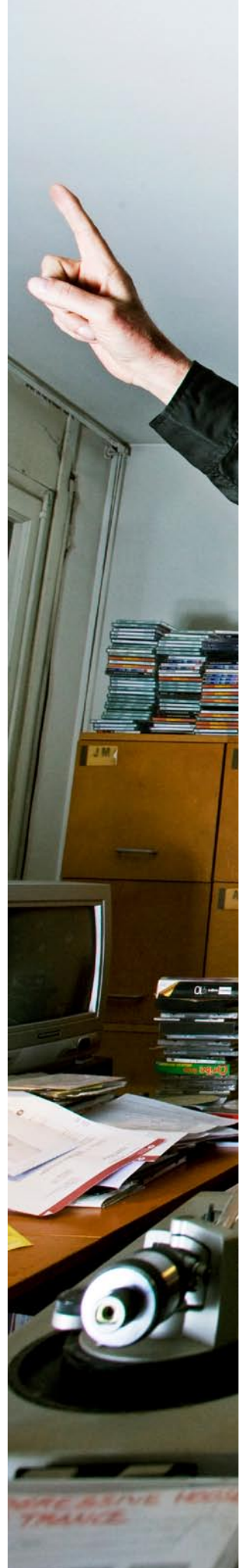
EXTRA SÉNIORS

Texto de **Antonio Ortí** Fotos de **Carlos González Armesto**

Cada vez más, las personas que tienen entre cincuenta y tantos años y sesenta y pico experimentan una explosión de vitalidad al llegar a esta edad. En opinión de los sociólogos, está a punto de producirse un gran cambio que alterará para siempre los estereotipos que se manejaban para la edad madura.

Jóvenes para siempre

Jaume Uriach. Con 56 años empezó a pinchar discos y hoy, con 68, acumula más de mil sesiones. Sin embargo, un sonido inesperado ha sorprendido a su corazón. Se trata de Mercè, una mujer de 59 años con la que está viviendo un flechazo desde hace unas semanas. "Yo creía que con 60 años iba a ser un pergamino –bromea–, pero resulta que es al revés: tengo la madurez propia de mi edad y la ilusión de cualquier joven", reflexiona Uriach antes de confesar que planea subir en su scooter de 300 centímetros cúbicos a Mercè e invitarla a comer en Vinaròs (Castellón). En la imagen, Uriach en su casa de Barcelona.





Como poco, hay dos formas de envejecer. Una de ellas es la que conocen los abuelos de anteriores generaciones. La segunda consiste en sentir un hormigueo juvenil en el estómago y afrontar cada día con la misma ilusión y determinación que cuando se era más joven. Esta es la opción por la que se están decidiendo las personas que han ingresado en su quinta o sexta década de existencia. Porque ellos, aseguran, no se han hecho mayores de la manera que lo

hicieron sus padres, sino que son mujeres y hombres con buena salud y energía suficiente como para sorprenderse a sí mismos y sorprender a los lectores.

Jaume Uriach, por ejemplo, tiene 68 años, aunque, a juzgar por las apariencias, podría pasar por algunos menos. “Si tienes fortaleza mental y ganas de hacer cosas, el cuerpo te acompaña”, señala este licenciado en Derecho y profesor del Conservatorio Superior de Música del Liceu de Barcelona. En su opinión, desde que cumplió 60 años, su vida se asemeja a *El extraño caso de Benjamin Button*, la película protagonizada por Brad Pitt, en la que un hombre

nace con el cuerpo de una persona de 80 años y, a medida que pasa el tiempo, va rejuveneciendo. Desde hace tres semanas, “y de manera inesperada y maravillosa”, este barcelonés sale con Mercè, una mujer de 59 años a la que conoció en casa de un amigo.

Justo cuando está contando lo nervioso que se pone cuando ha de recogerla, suena su móvil. Por el tono de voz, no es difícil adivinar que se trata de Mercè. A un metro de distancia, es imposible no escuchar que ansiaba recibir su llamada y que, aunque ahora está haciendo una entrevista, la llamará cuando acabe.

A ser sinceros, no es la única sorpresa que depara este

“No sé muy bien por qué, pero conservo la ilusión de cuando era joven teniendo la experiencia de una persona de 68 años”, confiesa Jaume Uriach



sexagenario. Con 56 años comenzó a pinchar música y hoy, mil sesiones más tarde, es un disc-jockey tal vez no tan conocido como *Mamy Rock*, el apodo que hace servir a sus 69 años Ruth Flowers para poner patas arriba la pistas de baile de media Europa con su música electrónica, pero sí al menos con el prestigio suficiente como para haber sido el dj residente de la sala New York, una conocida discoteca barcelonesa, o para haber logrado hacer bailar con su black music a más de 3.000 personas en el festival Perejil's Sounds que se celebra en Reus (Tarragona).



Manuel Maximino Roza.

Pese a no haber subido en moto en los últimos veinte años, algo debió de hacer clic en el cerebro de este asturiano nacido en Lugones para que con 58 años decidiera comprarse una Harley Davidson. Hoy es el miembro más veterano de los Asturias Chapter, un grupo de moteros del principado. "Aunque mi corazón y mi cuerpo me hacen sentir como si tuviera 32 años, mi DNI insiste en que son 64", bromea Manuel, justo después de anunciar que este verano tiene intención de completar la mítica Ruta 66 que enlaza Chicago con Los Ángeles. En la foto conduce en la autopista Oviedo-Santander.

¿Cómo hay que llamar a los antiguos viejos?

La cuestión se las trae y está motivando un aluvión de cartas al director en algunos diarios españoles. En ellas, personas de entre 55 y 70 años protestan porque se les llame "viejas", al entender que se trata de un término inexacto para referirse a esta etapa de la vida. Con todo, no es fácil dar con una palabra que transmita vitalidad y madurez al mismo tiempo. La socióloga Lourdes Pérez, autora de *Estructura social de la vejez en España. Nuevas y viejas formas de envejecer*, apuesta por la expresión "mediana edad" para nombrar a quienes tienen entre 50 y 65 años, "por más que, últimamente —dice—, el término inglés *senior* esté abriéndose paso". A su juicio, de igual modo que es frecuente considerar jóvenes a los menores de 35 años, también habría que replantearse cómo referirse a quienes tienen 60. Tal vez por ello, otros sociólogos se inclinan por estirar el término *adulto*, en vista de que la Real Academia Española sólo aplica la palabra *viejo* a los que han cumplido 70 años.

"Hace unos años pensaba que a mi edad estaría hecho un pergamino. Sin embargo, he descubierto que la juventud es un estado mental. No sé muy bien por qué, pero conservo la ilusión de cuando era joven, teniendo la experiencia de una persona de 68 años. En ese sentido, y aunque pueda sorprender, siento que la década que va de los sesenta a los setenta años es la mejor de la vida", reflexiona Uriach, mientras detalla alguno de sus proyectos de futuro: crear una escuela de cine en Colombia, viajar hasta las raíces de la música soul en Estados Unidos, perderse con una autocaravana por Nueva Zelanda...

Tal vez Jaume Uriach no refleje fielmente a su generación, pero sí que anticipa algunas de las tendencias que los sociólogos barajan para el futuro. De entrada, aprecia María Teresa Bazo, catedrática de Sociología en la Universidad del País Vasco y una gran estudiosa de este segmento de edad, quienes hoy tienen entre 55 y 70 años están dejando de ser personas inactivas aficionadas a jugar al bingo y a viajar en autocar para convertirse en mujeres y hombres muy vitales que desafían a su edad biológica.

Es posible que al haberse retrasado la muerte por una mayor esperanza de vida haya dinamitado las referencias temporales, "pero el caso —sugiere Bazo— es que muchos sexagenarios han interiorizado la idea de longevidad y sienten que les quedan muchos años

“Muchos sexagenarios han interiorizado la idea de longevidad y sienten que les quedan muchos años por delante que no quieren desaprovechar”, apunta la socióloga María Teresa Bazo

por delante que no quieren desaprovechar”.

Por si quedara alguna duda, la propia María Teresa Bazo, que en su día anticipó este fenómeno en el libro *La ancianidad del futuro*, se muestra “dichosa” y “satisfechísima” a sus 65 años, hasta el punto de que, si la dejaran elegir, no le gustaría volver a ser joven, sino seguir disfrutando de su madurez. Un comentario que se repite en otros entrevistados y que no deja de llamar la atención.

Lourdes Pérez, profesora de Sociología en la facultad de Ciencias Económicas y Empresariales de la Universidad Autónoma de Madrid, aporta un nuevo dato: las personas que hoy rondan los 60 años tienen en general mucha más salud y dinero que →

→ sus antepasados. “Cada vez queda más claro que hay vida después de los 55 años. La prueba es que a esa edad cada vez más gente empieza a ocuparse de seguir mejorando como persona, sea viajando, estudiando, practicando deporte o aprendiendo cosas nuevas”, indica.

Un ejemplo de libro podría ser Manuel Maximino Roza, un asturiano de pro que a los cinco minutos de ser presentado ya quiere invitar a comer una fabada. “Me falta tiempo por todas partes”, reconoce. Y es normal: construye casas de madera para sus nietos, le gusta navegar (se sacó el título de patrón con 55 años), colecciona antigüedades, practica el tiro olímpico con pistola, cuida de una finca de 8.000 metros cuadrados con 60 árboles frutales “donde, menos tigres y leones, hay de todo”... Por si fuera poco, con 58 años se compró una Harley Davidson Electra, pese a que su mujer no siente una especial predilección por las dos ruedas (“lo del lado oscuro tiene algo de verdad: al final te posee”, bromea Miguel Ángel, su hijo de 38 años, que también conduce una Harley y rivaliza con su padre para invitar a comer).

El caso es que, a sus 64 *primaveras*, Manuel Maximino se ha convertido en el miembro más veterano de los Asturias Chapter, un grupo de moteros vestidos de riguroso negro que de vez en cuando salen con sus



“Tengo la sensación de estar viviendo la mejor etapa de mi vida; no me preocupa morirme, sino hacerlo sin haber agotado mi energía”, razona Luis Toribio, de 61 años

Harley en fila india para irse a comer un buen arroz con leche a Santa Eulalia de Cabranes (una pequeña localidad a 47 kilómetros de Oviedo, ciudad en la que reside Manuel) o un cocido andaluz en Sevilla, siguiendo la Ruta de la Plata.

Según pronostican los sociólogos, cada vez será más difícil precisar la edad de los nuevos *jóvenes viejos*, como se les conoce en Estados Unidos. En ese mismo país, los sexagenarios están protagonizando un fenómeno llamativo al impulsar, según relata la socióloga Lourdes Pérez, comunidades de hippies viejos, muchos de ellos excombatientes de Vietnam, que se dedican a la agricultura ecológica, pero sin renunciar a fumar marihuana como hicieron en sus años mozos. Otro tanto está pasando en Francia con las personas que protagonizaron la revuelta conocida como Mayo del 68 y cuya madurez no se asemeja en nada a los usos y las costumbres de sus progenitores. “La

sensación de salto generacional se perderá en el futuro, hasta el punto de que será difícil determinar si una persona tiene 53 o 62 años”, vaticina esta socióloga al referirse a lo que puede pasar en España cuando los nacidos a partir de 1960 se conviertan en sesentones.

Si se trata de aparentar menos años de los que indica el DNI, Luis Toribio puede considerarse un adelantado a su época. A sus 61 años, lleva varios piercings en la cara, viste una camisa *vintage* comprada en el Happy Market de Bangkok, luce un collar con vistosas bolas de plata y calza botas de montaña. “Yo no asimilo juventud con edad, creo que son conceptos distintos. Picasso solía decir que cuando se es joven de verdad se es para toda la vida. Así lo veo yo”, declara.

Un poco después, describe el itinerario vital que le ha llevado a estar ahora mismo rodeado de adolescentes en L’Embruix, el nombre de la tienda de ropa que montó en 1994 en el barrio viejo de Barcelona y que hoy se dedica exclusivamente a la realización de piercings y tatuajes.

El resumen podría ser este: con el dinero que le reportó su negocio, compró su tiempo. Con 50 años decidió matricularse en la universidad para estudiar psicología. Más tarde, su pasión por el mar le llevó a adquirir un velero y a compartir su afición “con colegas de todas las edades”. Esta noche, sin ir más lejos, parte rumbo a Ítaca, dispuesto a realizar el viaje de Ulises en sentido inverso con un velero equipado con dos motores Volvo de 62 caballos.

“Me siento un joven con mucha antigüedad. Tengo la sensación de estar viviendo la mejor etapa de mi vida. Es más, si pudiera firmar una edad, me quedaría con los 60 años. El

único problema es que, por ley de vida, el final está más cerca. Pero a mí no me preocupa morirme, sino hacerlo sin haber agotado mi energía”, razona.

Como dejó anotado el poeta alejandrino Konstantinos Kavafis, la clave de cualquier viaje es encontrarse uno mismo: “Cuando partas hacia Ítaca pide que tu camino sea largo y rico en aventuras y conocimiento (...) Mas no apresures el viaje, mejor que dure muchos años y viejo seas cuando llegues, rico con lo que has ganado en el camino sin esperar que Ítaca te recompense”.

Planteado en estos términos, todos los caminos llevan a Roma si de lo que se trata es de enriquecerse como persona. Eva María Hernández, una bilbaína de 54 años, ha encontrado en el taichi, por ejemplo, una herramienta para crecer física y espiritualmente y hacer nuevas amistades.

“Por supuesto que te hace sentir más joven”, responde. “Sobre todo cuando consigues lanzar una patada en ángulo recto a una buena altura y aguantas la posición unos segundos”, indica, tras apostillar lo bien que se le queda el cuerpo y la mente cuando realiza con éxito la forma 48, una secuencia típica de este arte marcial interno donde se intercalan patadas al aire contra un enemigo →

Eva María Hernández. A sus 54 años, esta vizcaína ha encontrado en el taichi “un mundo aparte”, dice, para seguir creciendo como persona. “Si fuera por mí, lo practicaría toda la vida. Jamás he ido por obligación, sino con ilusión y alegría. Hasta hace que me sienta más joven, sobre todo, cuando logro lanzar una patada en ángulo recto a una altura que ni yo misma habría sido capaz de imaginar cuando hace seis años empecé con esto”, reconoce, mientras practica en Las Arenas de Getxo.

“Cuando tenía 20 años, pensaba que sería como mi madre, pero nada es como te imaginas, la vida es lo que tú quieres que sea. A mis 57 años, yo me siento como se pueda sentir mi hija”, reflexiona Maria del Lluch

→ imaginario con giros constantes durante alrededor de siete minutos.

Alfonso Muñoz, su profesor, explica que el hecho de que Eva María y el resto de sus compañeras, muchas de ellas de su misma edad, vayan uniformadas de negro simboliza de algún modo la necesidad de fluir, al asociarse este color con el riñón y este órgano con el agua.

Según postula el taichi, cualquier ser humano al nacer es blando y flexible, mientras que cuando se acerca a la muerte se vuelve duro y rígido. Por ese motivo, ser blando y flexible es lo propio de la vida.

Aunque no practica el taichi, Maria del Lluch Espinós seguramente estaría de acuerdo con esta máxima. Esta enfermera del Centro de Salud Vélez-Málaga Sur colabora desde 1994 con Médicos sin

Fronteras, una ONG que se dedica a llevar ayuda médica a países en guerra o que están sumidos en la pobreza. Desde que decidió dar este paso, Lluch ha trabajado en Angola, Colombia, Mauritania, Ruanda y Chad.

“El cambio te hace sentir más viva”, medita Maria del Lluch, para añadir justo después: “Siento que después de las ocho horas que me ocupa mi trabajo de enfermera en el hospital tengo fuerzas para hacer más cosas. A mis 57 años me noto fuerte, con energía, para nada vieja. También he detectado algo nuevo: siento la necesidad de implicarme en causas sociales, de ejercer mis derechos, de asistir a manifestaciones, de escribir cartas de protesta y de otras cosas que nunca había hecho. Por ejemplo, hay quienes dicen que no sirve de

nada reciclar porque luego lo mezclan todo. Pues, a pesar de eso, yo reciclo”, pone como ejemplo tras relatar que en Málaga ha surgido una ONG llamada Los Ángeles de la Noche que reparte bocadillos y café al ocultarse el sol a casi 800 personas sin techo.

Según algunas investigaciones que se han realizado acerca de ese sentimiento de solidaridad y rebeldía al que se refiere Maria del Lluch, se trata de algo muy habitual en quienes tienen de 50 años en adelante, lo que tal vez explique el gran número de voluntarios de esta franja de edad que colaboran con causas humanitarias.

La otra gran reflexión es que



Luis Toribio. A sus 61 años, este barcelonés con un hijo de cuatro años y otros dos de 39 y 32 se define como “un joven con mucha antigüedad”. Los piercings que adornan su cara y su actitud vital así parecen confirmarlo: con 50 años entró en la universidad para estudiar psicología y unos años después se compró un barco con el que ha zarpado en compañía de otras cinco personas (dos de ellas, portadoras de sida) con la intención de completar el viaje de Ulises y de conocer Ítaca. “Si pudiera firmar quedarme con una edad, elegiría los 60 años”, declara. En la imagen, navega ante el macizo del Garraf, al sur de Barcelona

María del Lluch Espinós.

Con 57 años, se siente cada día más comprometida con los más necesitados. En el tiempo libre que le deja su trabajo en el Centro de Salud Vélez-Málaga Sur colabora con Médicos sin Fronteras, en cuya sede malagueña aparece fotografiada. Hasta ahora, ha estado en Angola, Colombia, Mauritania, Ruanda y Chad. "En absoluto me veo vieja, al contrario: nunca como hasta ahora había sentido tanta necesidad de que se oyera mi voz y de comprometerme con causas sociales".



nadie puede predecir su futuro, y menos en los tiempos que corren. "Yo, cuando tenía veinte años, pensaba que sería como mi madre, es decir, que acabaría siendo madre y abuela y moriría al lado de mi marido. Es lo que había visto en mi casa. Lo que sucede es que nada es como te imaginas. Una se casa, se separa, tiene otras parejas, viaja por el mundo, trabaja... La vida es lo que tú

quieres que sea. Yo, por ejemplo, a mis 57 años me siento como se puede sentir mi hija: con ganas de vivir y de seguir haciendo cosas", describe.

Cualquier sociólogo daría la razón a Lluch sobre lo diferente que es hoy en día tener 55 o 65 años en relación con el pasado. Y esto vale para todo: desde las relaciones afectivas hasta la forma de afrontar la edad

"La vida es como una escalera, quien considere que ya la ha subido entera se crea la obligación de empezar a bajar", dice Fernando Martín, padre a los 65 años

madura. En Estados Unidos comienza a hablarse de tres matrimonios por persona como la tendencia del futuro: uno de juventud, otro para tener hijos y un tercero como remedio para la soledad de la vejez. Sin ir más lejos, en los últimos diez años se ha quintuplicado el número de españoles que ponen fin a su relación pasados los 60 años. Y es que, de algún modo, la separación tardía ya no se asume como un fracaso personal, sino como una alternativa casi apetecible, lo que no quita para que casi haya que frotarse los ojos al leer que un chileno de 109 se ha convertido en la persona de más edad que se divorcia, arrebatando el récord mundial a un inglés que hizo lo propio con 98 años.

Sobre este particular, uno de los grandes tótems del futuro será lo que empieza a conocerse como la *realización personal*. Muchas otras personas consultadas en este reportaje siguen enfrascadas en mejorar como personas aprovechando que tienen más tiempo disponible y las mismas ganas que antes. Ricardo Montoro, por ejemplo, un jiennense afincado en Madrid, está

aprendiendo a tocar el piano con 58 años después de prejubilarse con 55, del mismo modo que algunos amigos suyos han empezado a pintar o a escribir al alcanzar la madurez. Gabriel Tirapu, un gallego de 65 años, ha decidido poner su experiencia profesional al servicio de los jóvenes emprendedores de A Coruña, el mismo caso que Gonzalo Martínez Abad, un sevillano de 58 años que también colabora con Seniors Españoles para la Cooperación Técnica (Secot), una entidad sin ánimo de lucro compuesta por ex empresarios que asesora de forma altruista a pequeñas empresas y a personas con escasos recursos económicos.

En cuanto a Fernando Martín Malavé, un malagueño de 65 años, ha sido padre hace cinco meses de una pequeña que responde por Aura y que tiene otros cuatro hermanos de 5, 30, 36 y 38 años, respectivamente. "La vida -dice este ginecólogo- es como una escalera. Quien considere que ya la ha subido entera, se crea a sí mismo la obligación de empezar a bajar. Por eso siempre hay que dejar peldaños por delante y no cerrar la puerta a las ilusiones", indica.

Y es que, aunque todavía no se ha dicho, está surgiendo una nueva forma de hacerse mayor que no conocieron los anteriores abuelos y que se especula que será mayoritaria en el futuro: ser joven para siempre.○